

## Sexto domingo del tiempo pascual

10 de mayo de 2026



«Es Jesús mismo quien promete que pedirá al Padre que mande a los suyos el Espíritu, definido como “otro Paráclito” (Jn 14, 16), término griego que equivale al latino *advocatus*, abogado, defensor. En efecto, el primer Paráclito es el Hijo encarnado, que vino para defender al hombre del acusador por antonomasia, que es satanás. En el momento en que Cristo, cumplida su misión, vuelve al Padre, el Padre envía al Espíritu como Defensor y Consolador, para que permanezca para siempre con los creyentes, habitando dentro de ellos. Así, entre Dios Padre y los discípulos se entabla, gracias a la mediación del Hijo y del Espíritu Santo, una relación íntima de reciprocidad: “*Yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros*”, dice Jesús (Jn 14,20). Pero todo esto depende de una condición, que Cristo pone claramente al inicio: [...] Sin el amor a Jesús, que se manifiesta en la observancia de sus mandamientos, la persona se excluye del movimiento trinitario y comienza a encerrarse en sí misma, perdiendo la capacidad de recibir y comunicar a Dios».

BENEDICTO XVI, Homilía, 27 de abril de 2008.

Sexto domingo de Pascua – Comentario a la eucología  
*Días de alegría en honor al Resucitado*

---

Los días del tiempo pascual «*son días de alegría en honor del Señor resucitado*». La alegría cristiana, como rasgo característico de los bautizados, nace del encuentro con el Resucitado y se intensifica durante este tiempo. Esta realidad no solamente se expresa en la oración colecta de este sexto domingo de Pascua, sino que aparece de manera constante en los prefacios pascuales, en los cuales le decimos al Padre: «*es nuestro deber y salvación glorificarte siempre, Señor; pero más que nunca en este tiempo glorioso en que Cristo nuestra pascua sido inmolido... Por eso con esta efusión de gozo pascual, el mundo entero se desborda de alegría*».

Es verdad que hay muchas situaciones de este mundo que pueden hacernos olvidar que estamos llamados a la alegría y de eso parece consciente el orante que compuso esta eucología, no solo pensando en su propia persona, sino también en el «nosotros» eclesial. De ahí que el olvido sea remplazado por el recuerdo, gracias a la actualización anual del Misterio Pascual. De esta forma se cumple lo que prometió el Señor: «*y se alegrará su corazón y su alegría nadie se la podrá quitar*» (Jn 16,22).

En el ciclo A, la primera lectura hace referencia al gozo cristiano: «*la ciudad se llenó de alegría*». La alegría de la resurrección tiende a ser comunitaria y de ahí la importancia de responder al llamado que nos hace el Señor. Él es quien nos convoca. Al reunirnos en la celebración de nuestra fe nos vamos contagiando unos a otros de este gozo que luego ha de perdurar en lo cotidiano de nuestra vida.

Según la oración colecta de hoy, la alegría está asociada al fervor de estos días pascuales. En realidad, lo que le pedimos al Padre eterno es que nos conceda «*continuar celebrando estos días de alegría con fervor sincero*». De acuerdo con estas palabras, podemos decir que el ardor y la alegría se reclaman mutuamente y que es necesario que estos dos sentimientos estén unidos para que se mantengan vivos en nuestros corazones. Al pensar en el fervor es inevitable remitirnos a lo que experimentaron los discípulos de Emaús: «*¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?*» (Lc 24, 32). Más adelante, cuando Jesús resucitado se presentó en medio de la reunión de los discípulos, Lucas cuenta que la alegría no los dejaba terminar de creer en lo que estaban viendo (cf. Lc 24,41).

En el fondo de esta situación, el Señor nos da otro mensaje: la alegría y la fe también terminan asociándose y confundándose: «*Beati, qui non viderunt et crediderunt! (dichosos los que creen sin haber visto)*» (Jn 20,29). No hemos visto directamente la resurrección, pero el Resucitado en persona ha salido a nuestro encuentro por medio del anuncio de su palabra y de su presencia eucarística. He aquí la razón de nuestra alegría y esperanza.

Sexto domingo de Pascua - «*Le pediré al Padre que les de otro Paráclito*».

## *Comentario general a las lecturas<sup>1</sup>*

El tiempo pascual es tiempo del Espíritu Santo. Su presencia se hace visible, como una explosión y una llamarada en el día de Pentecostés, pero todo el tiempo que llamamos de Pascua está como penetrado por la fuerza del Paráclito. Mientras caminamos, pues, hacia Pentecostés, hoy la Iglesia nos hace fijar la mirada en el Paráclito.

De Él nos habla la primera lectura. Por Samaría se había ya extendido la palabra del Señor, pero todavía los discípulos no habían recibido la plenitud de la gracia. Se nos dice que habían recibido el bautismo en el nombre del Señor Jesús, pero todavía no habían llegado hasta ellos los Apóstoles, aquellos que, con un gesto singular, el de la imposición de las manos, transmitían el don del Espíritu Santo.

Éste es uno de los textos clásicos en los que se apoya la tradición para iluminar lo que hoy llamamos el sacramento de la Confirmación. No porque el Bautismo no se realice con la acción del Espíritu, sino porque de una manera explícita, el cristiano tiene que recibir este don, la participación del Espíritu de Jesús. Como Jesús mismo, que ciertamente fue engendrado, por obra del Espíritu Santo, y sin embargo en su bautismo descendió sobre Él el Espíritu y lo consagró totalmente como Mesías.

Así sucede también con los bautizados, por medio de la Confirmación reciben, una vez para siempre, este Espíritu con el que participan de la unción mesiánica de Jesús y de la



<sup>1</sup> J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Castellón: EDICEP 2010, 81-83.

gracia de Pentecostés. Con ese Espíritu podrán orar, luchar, dar testimonio, ser cristianos maduros y libres, con la libertad de los hijos de Dios. El antiguo gesto de la imposición de las manos sobre la cabeza de los bautizados, indica esa plenitud de la trasmisión. Un gesto que es elocuente si se tiene en cuenta la expresión de San Ireneo que habla de Cristo y del Espíritu como de las dos manos del Padre.

También la segunda lectura nos habla del Espíritu. De Él nos dice Pedro en su primera carta que resucitó a Jesús de entre los muertos. Con ese Espíritu nosotros, los cristianos, tendríamos que ser capaces de vivir según esas sugestivas exhortaciones del Apóstol, sobre todo en el mundo de hoy: «Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere». Dar razón de nuestra esperanza significa ser capaces de dar testimonio de lo que se cree y se espera, de las razones por las cuales se vive y por las cuales se muere.

El cristiano no es un ignorante ni un fanático. Es una persona iluminada por la fe, que sabe lo que quiere, y a quien le pregunta las razones de su vivir y de su obrar, responde con mansedumbre y respeto, pero con firmeza. Recuerdo aquello del cardenal Suhard: dar testimonio es crear en torno a nosotros la sensación del misterio, de tal manera que no se pueda explicar nuestra conducta sino sólo porque creemos y de esta fe damos testimonio a quien nos lo pide.

Y finalmente del Espíritu Santo nos habla Jesús en el Evangelio, nos dice que es el defensor que nos va a enviar porque se lo va a pedir al Padre. Defensor es la traducción de Paráclito. Y es una expresión bella, porque el Espíritu es ese abogado que nos defiende, que se explica por nosotros, que interpreta nuestros silencios, que suple nuestra debilidad, que nos da fuerza para resistir al mal. Es el Espíritu de nuestra oración y de nuestra predicación. Jesús lo promete a sus Apóstoles, a la Iglesia, a cada uno de nosotros, como el Maestro perenne de la Iglesia, el Espíritu de la verdad, el que irá explicando a la Iglesia a través de la historia las palabras de Jesús y le dará sabiduría para interpretar los signos de los tiempos.

Es el Espíritu que sólo pueden recibir los que creen en Cristo y lo aman. Porque sólo ellos lo conocen y lo acogen. De este Espíritu está llena la palabra de vida que escuchamos, la asamblea litúrgica que formamos; de este Espíritu está lleno también el cuerpo eucarístico que recibimos y el cáliz de la sangre de Cristo, según las expresivas palabras de un Padre de la Iglesia antigua, San Efrén que canta así: «En tu pan está escondido el Espíritu que no puede ser comido. En tu vino habita el fuego que no puede ser bebido; maravillas inefables que nuestros labios han recibido». Cristo nos comunica constantemente su Espíritu en la Eucaristía para que vivamos en plenitud nuestra condición de hijos de Dios.

Sexto domingo de Pascua - *«Le pediré al Padre que les de otro Paráclito».*  
*Comentario a las lecturas bíblicas del Leccionario<sup>2</sup>*

---

*«Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo».*

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 8,5-8.14-17.

La persecución de la Iglesia en Jerusalén es la circunstancia providencial para la expansión del Evangelio. La fuerza difusiva del Espíritu se extiende, en primer lugar, por Samaría (8, 5. 14). Así se va convirtiendo en realidad la promesa de Cristo (1,8). El mensaje de Felipe a los judíos cismáticos de Samaría se centra en la proclamación del Mesías (8,5, cf. Jn 4, 25-26). Es, ante todo, una proclamación pascual, como síntesis del misterio de Cristo, y que coincide con la «Buena Noticia» (8, 4. 12. 25. 35. 40). Proclamación confirmada por el Espíritu, que se manifiesta en «signos y curaciones» (8,6-7), en «alegría» pascual y mesiánica, como consecuencia de la fe (8, 8; cf. 9, 31; 13, 52; 16, 34; Rm 14, 17; 15, 13). Proclamación reconocida oficialmente por el colegio apostólico (8, 14) que «envía» a su jefe, Pedro, y a Juan, para completar y ratificar el ministerio de Felipe (8, 16), mediante la oración, la imposición de las manos y el don del Espíritu (8, 15. 17. Así es el Espíritu el lazo de unión y la fuente de crecimiento, actuando a través de los responsables de la comunidad. En la celebración eucarística, reunidos en torno al jefe de nuestra comunidad, proclamamos el mensaje pascual, que es Cristo, y recibimos la fuerza del Espíritu, que confirma nuestra unidad eclesial y alimenta nuestro testimonio de vida cristiana.

*«Muerto en la carne, pero vivificado en el Espíritu».*

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pedro 3,15-18.

Pedro describe la conducta que ha de guardar el cristiano en las persecuciones. El fundamento de su conducta es la imitación de Cristo, que sufrió la muerte por todos, incluso por los pecadores:

- El cristiano debe considerarse feliz al sufrir persecuciones y no ha de tener miedo.
- Debe ser capaz de defender su vida cristiana, su esperanza, ante los tribunales.
- En su conducta personal no ha de dar motivo para ninguna acusación; la buena conducta, la dulzura, el respeto incluso con los perseguidores, es el modo cristiano de defender la verdad.
- Y toda esta conducta es una santificación del Señor: un acto de culto a él.

---

<sup>2</sup> SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA DE ESPAÑA, *Comentarios al Leccionario Dominical*, 177-179.



## Sexto domingo de Pascua

10 de mayo de 2026

### *Moniciones*

---

#### Entrada

Queridos hermanos: celebrando la resurrección de Cristo, renovamos nuestra confianza. En este domingo el mismo Señor nos promete que no nos abandonará y que enviará a su Iglesia el Espíritu Santo. Permanezcamos en la alegría de la Pascua y celebremos con fe esta Eucaristía. Oremos por nuestras madres, dando gracias al Creador por su amor y su entrega.

#### Liturgia de la Palabra

Cristo resucitado nos regala el Espíritu de la Verdad para comprender las Escrituras. Que este mismo Espíritu ilumine nuestro entendimiento para recibir la Buena Noticia y guardarla en el corazón.

#### Presentación de los dones

Ahora son presentados el pan y el vino y se dispone la mesa para el banquete pascual. Mientras tanto, todos los que estamos reunidos en este lugar, nos presentamos ante Dios para recibir la vida que viene del Espíritu Santo.

#### Comunión

El Espíritu de la Verdad, prometido por Cristo, hace posible que ahora podamos alimentarnos con su Cuerpo y con su Sangre. A nosotros nos corresponde acoger al Señor para que se quede a habitar para siempre en nuestra vida.



## Sexto domingo de Pascua

10 de mayo de 2026

### *Oración universal*

**Hermanas y hermanos: oremos al Padre que nos ha manifestado su amor dándonos a su propio Hijo y enviándonos el Espíritu de la Verdad. Por eso, llenos de esperanza, supliquemos diciendo:**

*R/. Envíanos, Señor, tu Espíritu Santo*

- † Oremos para que María, la Madre de Cristo, interceda por la Iglesia, de manera que todos sus miembros permanezcan unidos en la paz.
- † Oremos para que los gobernantes y todos los políticos ejerzan su función con auténtico espíritu de servicio.
- † Oremos para que todas las madres reciban las bendiciones y gracias que merecen por darnos la vida y amarnos de corazón.
- † Oremos para que todos los que sufren sientan la compañía del Espíritu consolador y renueven cada día sus fuerzas, sostenidos por la fe.
- † Oremos para que nuestras madres y abuelas fallecidas puedan gozar del descanso eterno y sus familias las recuerden con amor.
- † Oremos para que todos nos mantengamos en el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones y reconozcamos su presencia.

**Dios nuestro, Padre de todos los hombres,  
derrama sobre nosotros la fuerza de tu Espíritu  
para que seamos ante el mundo testigos de tu amor.  
Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.**